

perdidos y vistiéndolos de alguaciles y soldados, protegidos por la oscuridad de la noche se dirigieron á casa de Amelia, donde tomando la voz del rey, hizo que le abriesen las puertas. Llegados al cuarto de Santbon y Amelia, mostraron la supuesta orden. Aquel clamó contra la impostura con que habia sido obtenida, y quiso valerse de la fuerza para rechazar la agresion ; disparó las pistolas contra el supuesto comisario, pero no dieron fuego. Amelia por su parte hacia mil extravagantes extremos que evidenciaban su locura y desesperaban á su esposo ; por último se apoderaron de los dos los fingidos esbirros, el comisario se llevó á mi hermana, y los demas á Santbon, á quien soltaron tan luego como vieron que el coche estaba muy distante.

Á la siguiente mañana me hallaba yo en mi cuarto muy ajeno de pensar en lo que habia ocurrido, y creyendo que todas estas cosas seguirian el curso ordinario, cuando se presentó á mí el desdichado Santbon traspasado de dolor, y me refirió los sucesos de aquella noche infausta. Lo peor de todo era ignorarse el paradero de mi hermana, porque no podian practicarse diligencias en su favor. Cuantas hicimos por descubrirla eran en vano, porque mi hermano mayor á cuya casa me dirigí se me negó ; mi cuñada no quiso recibirme, y en la superintendencia de policia me manifestaron que ninguna noticia tenian de aquel asunto : ¿ quién, pues, habia dado la orden de arresto contra la infeliz Amelia ?

Volví á casa, participé al infeliz Santbon la inutilidad de mis investigaciones, y le vi en tal estado de dolor y de enajenacion puede decirse, que me hizo derramar tiernas lágrimas. Por último le aconsejé se retirase á su casa, que solo distaba média legua de Paris, donde acaso Amelia le enviaria algun mensaje, y pareciéndole bien mi consejo se retiró.

Era ya tarde y Palemon interrumpió á M. de Lerval, quedando aplazada la conclusion de esta interesante historia para la tarde siguiente.

## TARDE LIV Y ÚLTIMA

### EL PROTECTOR.

Al magnate protector  
Del talento y la inocencia ;  
Que en santa beneficencia  
Se ejercita con ardor.  
En trasunto del Señor  
Su caridad le trasforma ;  
De aspecto cambia y de forma  
La poblacion en que habita ;  
La miseria en ella evita,  
Y las costumbres reforma.

Reunida la interesante familia en la tarde siguiente, continuó Mr. de Lerval su historia en estos términos :

Fin de la historia del hombre invisible.

Poco despues de volver Santbon á su casa se presentó á él un demandadero del convento de Santa Aurea, con una carta de Amelia, que decia así :

« ¡ Sin duda, amado esposo, derramas tantas lágrimas como yo !  
» sabe que los bárbaros que me arrebataron de tu lado me han  
» traído á Paris, sin hablarme una palabra en todo el camino ;  
» luego me han depositado en el convento de Santa Aurea, calle  
» de Postas, cerca de la Estrapada. especie de prision destinada

» para mujeres, ó de vida sospechosa, ó insensatas, que deben  
» permanecer aquí el resto de sus dias. Todavía nada sé de este  
» convento. No he tenido tiempo sino para pensar en ti, y escri-  
» birte esto poco, que confío á un hombre que la casualidad me  
» ha presentado, y á quien recompensarás generosamente. ¡ Ay!  
» aquí no puedes verme ni hablarme, pues tú solo eres exceptuado  
» de lo que á todos los demas se permite. Trabaja por mi liber-  
» tad, y cuenta siempre con mi firme amor. »

El conductor de esta carta, agradecido á la generosa recompensa que recibió de Santbon, le ofreció sus servicios, y en efecto se encargó de otra para Amelia, en que su esposo le prometia hacer lo posible por obtener su libertad, y le encargaba como medio mas á propósito para conseguirlo que procurase dominar su razon, para que no pudiesen argüirla de demente, y por último le hacia las protestas de amor mas expresivas.

Despedido el demandadero, fué Santbon á darme noticias del paradero de Amelia, y yo le aconsejé, conociendo la perfidia de Deslinieres, que mudase de domicilio y no volviese á su casa sino muy raras veces, y que para seguir la comunicacion con Amelia se viesse con el demandadero en parajes ocultos y horas desusadas, lo cual ejecutó con puntualidad, y de este modo siguieron su secreta correspondencia.

Seguidamente fui á casa de mi hermano y con las mas amargas expresiones reprendí su proceder, logrando que tanto él como su mujer me tratasen con la mayor altanería. Me dirigí donde estaba mi hermana, y diciendo quién era me permitieron verla : dijo tantas necedades que llegué á persuadirme que habia perdido el juicio, por lo que me retiré penetrado de dolor.

Durante los siguientes tres meses, mi hermano entabló el recurso de nulidad del casamiento de Santbon con mi hermana, acusando á aquel de intrigante que habia abusado de la falta de juicio de esta, para que se casase con él y le cediese sus bienes. Amelia entre tanto seguía presa y lo que mas llamaba la atencion era que habiendo sido sacada de su casa por un comisario y con orden de la autoridad, tal orden no aparecia en el proceso, y en el convento habia sido entregada á la superiora, no por el comisario, sino por su hermano Deslinieres. Santbon habia justificado plenamente la agresion en su casa de un hombre público con fuerza armada, y este problema nadie sabia explicarlo. Pero el hecho fué que Deslinieres acompañó á su hermana hasta cerca del convento en traje de comisario ; allí inmediato bajó del coche y en casa de un

confidente suyo dejó el disfraz, volviendo al carruaje con sus vestidos usuales, y de este modo se dió á conocer á la priora, consiguiendo que recibiese á Amelia.

Por último tanto hizo mi hermano y tanto dinero derramó, que Amelia fué declarada demente, despojada de la administracion de sus bienes, la que se confió á Deslinieres ; el matrimonio se anuló como celebrado entre un intrigante y una loca, y Santbon, por haber abusado de la confianza de una señora rica pero insensata, fué condenado á perpétua prision.

Yo, que siempre habia deseado favorecer á los dos desgraciados esposos, pedí al momento un testimonio de la sentencia, con el cual requerí á la priora para que me entregase á mi hermana, lo que ejecutó ; la llevé inmediatamente á mi casa donde la esperaba el infeliz Santbon, y despues que hubieron dado libre curso á la alegría de abrazarse y al pesar del mal éxito de su proceso, les di el dinero necesario para que partieran al instante de Paris, encargándoles me avisasen el punto que eligieran para su residencia.

Pasé despues á casa de Deslinieres, donde reunidos los que habian secundado sus intentos en el éxito del proceso, celebraban con esplendidez su resultado. Alegraos, les dije, celebrad vuestra injusticia ; pero vuestras intenciones se han frustrado. Á estas horas está Amelia con su esposo fuera de vuestros alcances... y ¡ ay de vosotros todos, el dia que se llegué á aclarar vuestra injusticia ! ¡ ay de vosotros el dia que llegue á descubrirse el fingido comisario raptor de Amelia ! Pronuncié estas palabras con tal energía, que todos quedaron asombrados. Deslinieres y su mujer me lanzaron una mirada de indignacion ; yo les dirigí otra de desprecio, prometí no volver á verlos en sus casa y me retiré. Al bajar por la escalera oí á Deslinieres que me decia : Vé, miserable y deshonra á tu familia ; pierde á tu hermano por salvar á una loca y un intrigante. Me retiré á mi casa y tranquilizado resolví continuar favoreciendo á mi hermana con medios pecuniarios, y en lo demas dejar que los negocios siguiesen su curso natural sin mezclarme yo en ellos.

Entre tanto habian llegado á Ruan Amelia y su marido, y este, que era excelente fisonomista, al volver una esquina de aquella ciudad habia conocido al que hacia de jefe de los soldados que asistieron al rapto de mi hermana ; el pícaro quiso huir al reconocerle, pero Santbon corrió tras él, logró asirle, y por su declaracion supo que el fingido comisario habia sido Deslinieres ; condu-

jo al bribon á un cuerpo de guardia, dió parte á las autoridades, ante las cuales formalizó su declaracion manifestando quiénes habian sido los demas cómplices, y haciendo remitir las actuaciones á Paris, donde comisionó un agente activo y entendido, en ménos de un mes puso el negocio tan en claro, que anulándose la sentencia anterior se condenó á Deslinieres á prision perpétua y restitution de los bienes de Amelia, cuyo matrimonio fué declarado válido.

Deslinieres me creyó autor de este cambio, y despidiéndose de su mujer, hija y sobrino, á quienes no debia volver á ver, se dirigió á Ruan adonde suponía encontrarme, y en efecto me habia encaminado á dicha ciudad con ánimo de afeár á Santbon su encarnizamiento contra mi hermano, y mediar entre ambos á fin de si era posible reconciliarlos. Cuando llegué á aquella ciudad, encontré á mi hermana próxima á un parto trabajoso, tanto que al dar á luz un hermoso niño, dejó de existir, causando un dolor tan profundo en todos y mas principalmente en su marido, que saliéndose de casa como frenético, pasaron dos dias enteros sin que supiésemos su paradero. Así es que yo en medio del dolor que me devoraba, tuve que atender á los funerales de Amelia, y al cuidado del recién nacido.

Un dia, cuando yo iba á salir en investigacion del paradero de mi cuñado, veo que le traen á casa en una camilla, traspasado de heridas y próximo á espirar; se le suministraron cuantos socorros exigia su estado, y al cabo de algunas horas se consiguió que recobrase el sentido y el habla, y ante los magistrados que le habian conducido declaró: que trastornado su juicio por la pérdida de su esposa, recorria las calles de Ruan sin objeto ni direccion hacia cuarenta y ocho horas, cuando un embozado se presentó á él gritándole: ¡ Ah traidor! ya te encontré por fin, ahora morirás á mis manos. Este embozado era Deslinieres, que sacando un puñal, ántes que Santbon pudiera defenderse, le acometió con tal encarnizamiento que aun despues de tendido en el suelo continuó hiriéndole sin reparar en la gente que acudia á los gritos de los vecinos. Por último le separaron varias personas, se apoderó de él la justicia y le llevaron á la cárcel pública; con respecto á Santbon no tuvo tiempo mas que para dar las señas de su casa, y quedó inmediatamente sin sentido.

Afortunadamente las heridas no eran mortales y al cabo de algun tiempo pudo sanar de ellas. Entre tanto se habia formado causa contra el agresor, que fué reconocido como tal por Santbon,

quien tuvo la dureza de imputarle la muerte de Amelia; cuyo proceder poco delicado me le hizo odioso y dió motivo á que le abandonase. Acumulados en la causa de Deslinieres, todos sus delitos, no obstante lo mucho que gestioné en favor suyo, fué condenado á muerte afrentosa. Ya lo ves, jóven inconsiderado, me dijo; estos son los efectos de la proteccion que has prestado á esos miserables. Ahora serás señalado como hermano de un asesino castigado por la espada de la ley. Si quieres que muera tranquilo, júrame que *ni Santbon ni su hijo volverán á ver tu rostro*.

Pronunció con tal energía estas palabras, que no pudiendo yo resistir á su última voluntad, hice el juramento que exigia de mí, con lo cual le abracé llorando y nos despedimos. Al siguiente dia supe que habia fallecido en el calabozo: corrió la voz de que se habia envenenado por no salir al cadalso, y efectivamente se le encontró en el bolsillo un pomito de veneno. Salí de Ruan sin despedirme de Santbon, volví á Paris y hallé á la familia de Deslinieres inconsolable; no conocian que la muerte de mi hermano habia sido un evidente castigo del cielo por los excesos que su avaricia le habia hecho cometer.

Al principio tuve que sufrir algunos insultos por parte de mi cuñada; despues mi proceder me reconcilió con ella. Deseando borrar en lo posible la memoria de la condenacion de Deslinieres, y vengarse despues á toda costa de Santbon y su hijo, quiso apoderarse de los procedimientos originales, á cuyo fin fuimos á Ruan, y á fuerza de dinero lográmos que nos los entregase el escribano; aunque no nos dijo lo que despues casualmente supimos, y fué que habia dado una copia de ellos á Santbon, cosa que le interesaba demasiado, porque ademas de la sentencia contra mi hermano, estaban tambien allí las pruebas legales de su casamiento. Esta noticia nos contrarió, mas no obstante hubimos de consolarnos con saber que solo habia un hombre que poseyese las pruebas de nuestro deshonor.

Santbon, débil y padeciendo de sus heridas como de la memoria de sus desdichas, habia vuelto á Paris con su hijo, que todavia estaba en la cuna. Avergonzado de su conducta con los Deslinieres, conducta que le habian dictado el odio y el resentimiento, se hallaba atormentado de los remordimientos. Habia perdido á mi hermana y el amor que yo anteriormente le profesaba. Desesperado de no verme, se determinó á buscarme en mi casa. Por casualidad estaba yo á la ventana, y viendo entrar á un hombre pálido, flaco, y apoyado en un báculo, conocí que era Santbon. Al

instante mandé á mi criado que le despidiese; pero que procurase saber dónde vivía, pidiéndole señas exactas de su casa. Dijo pues el criado á Santbon que yo estaba fuera, y sin dificultad supo de él cuanto yo solicitaba, pues me conocía demasiado Santbon para recelarse de mí. Yo no me proponía volverle la visita; pero un resto de interes me hablaba en su favor, y estaba dispuesto á preservarle de la venganza de mi cuñada, en caso que quisiese ejecutarla en él ó en su inocente hijo. No sé cómo el criado que le recibió tuvo la osadía de contarle todo á mi cuñada, y darle las señas que me habia dejado. Madama Deslinieres, contentísima por saber el paradero de su enemigo, envió un dia á verle, en mi nombre, á su sobrino Dercour, á quien Santbon no conocia. Este muchacho en efecto se le presentó, y le dijo : Mr. de Lerval se halla indispuerto, y no puede venir á veros; pero me ha encargado que os entregue de su parte esta corta expresion para vos y para el hijo de su hermana Amelia, á quien tanto amaba.

Consistia este regalo en frutas, dulces y várias cosas de pasta. Admirado Santbon de recibir esta fineza, quedó un rato suspensio. (Bien se deja conocer en esta ocasion el poco juicio de mi cuñada.) Recibió, pues, el regalo; al ponerle sobre una mesa se cayó un pastelillo, y un perro, que siempre le acompañaba, se le comió al instante; luego empezó á dar terribles alaridos y cayó muerto. Al punto Santbon llamó á un vecino, que era oficial de justicia, y vivia en un cuarto contiguo al suyo. Acudió este hombre á las voces, y reconviniendo al muchacho, le hizo confesar la verdad, y determinó llevarle preso; pero Santbon tuvo la consideracion de avisarme ántes que se verificara la traslacion de Dercour á la cárcel. Acudí inmediatamente; por casualidad el oficial de justicia era amigo mio, y pude sofocar el asunto en su mismo origen. Santbon, por mediacion mia, cedió su derecho; y con esto adelantó mucho para conmigo; así fué que al instante que volví á mi casa le escribí lo siguiente :

« No ignoráis que sois causa de mi deshonor, y de la pérdida de  
 » cuanto amaba en el mundo. Estáis arruinado y tenéis enemi-  
 » gos poderosos y vengativos. Á pesar de todos los motivos que  
 » tengo para aborreceros, quiero ser vuestro apoyo y proteyeros,  
 » si os sometéis á todos mis consejos. He visto á vuestro hijo, y  
 » me ha conmovido; aunque en edad tan tierna he reconocido  
 » en él todas las facciones de su madre, que son las mias, pues Ame-  
 » lia se me parecia mucho. No puedo abandonaros; pero exijo  
 » que olvidéis todo motivo de queja contra mi cuñada, cuyo re-

» sentimiento es legítimo; evitad la venganza de esta, para que  
 » no haya mas víctimas del odio en mi desdichada familia. Ha-  
 » bréis extrañado que no os haya visto ni hablado sino lo muy  
 » preciso para la composicion del último lance, en cuya ocasion  
 » vi á vuestro hijo; pero este es un secreto que no debo revelaros.  
 » Básteos saber que no me es dado el veros; pero vivid persuadi-  
 » do de que cuidaré de vuestra seguridad y de la de vuestro niño.  
 » Confiad en mí y sed dócil. Mudad al punto vuestro nombre en  
 » el de Lonchamps, que solo de mí será conocido, y tomad otra  
 » habitacion en algun barrio distante del en que ahora vivís. Yo ha-  
 » ré creer que habéis pasado á nuestras colonias, y vuestros enemi-  
 » gos no os perseguirán. Reflexionad bien, y contestadme ó pa-  
 » ra huir de vos para siempre, ó para ser vuestro protector. »

Santbon, que me estimaba mucho, me respondió que haria todo cuanto fuese de mi agrado. Este hombre estaba arruinado por la malignidad de Deslinieres, que habia contrahecho la firma de mi hermana, fingiendo deudas que excedian á su capital. Los supuestos acreedores se apoderaron de todo; y aunque se les podia entablar un pleito sobre la legitimidad de estas deudas, hubiera sido nunca acabar; y Santbon, ademas de quedar expuesto á los tiros de mi cuñada, se resentia continuamente de las heridas. Aceptó, pues, mis ofrecimientos, y le fué bien. Vivió tranquilo é ignorado bajo el nombre de Lonchamps, que trasmitió á su hijo, hasta nna edad bastante avanzada. Nunca le vi; pero le colmé de beneficios; mantuve su casa con opulencia; su hijo fué muy bien educado, y nadie sino yo supo las desgracias que le habian precisado á mudar de nombre. Sin embargo, devorado por los remordimientos, viendo siempre ante sus ojos la sombra de su esposa y la de su cuñado, perdió poco á poco el juicio. Nunca salia, y encerrado en su gabinete pasaba dias enteros leyendo las cartas que su mujer le habia escrito desde el convento, todas las piezas del primer proceso que habia perdido, y las del último que eran el objeto de los deseos de madama Deslinieres. Con esta ocupacion se exaltaba cada dia mas su cabeza; y ya sabéis que, sin saber por qué, la vispera de su muerte quemó todos estos papeles. Por este medio nos hizo un favor que tanto habiamos deseado. En mucho tiempo no supe que Santbon habia quemado estos documentos, y apénas hace seis meses que lo he sabido por un criado que entónces le servia; pero volvamos á su hijo.

Yo habia dicho á mi implacable cuñada que Santbon habia marchado á las colonias, y lo creyó; pero un dia, casualmente, pasó

por una calle en que se halló detenida por la pompa de un entierro. Detras del acompañamiento vió á un jóven vestido de luto, que lloraba amargamente, y tan parecido á Amelia que le chocó, recordándole objetos que tanto detestaba. Informóse del nombre del difunto, y le dijeron que se llamaba Mr. de Lonchamps, mostrándole su hijo y casa. Sospechó que su enemigo hubiese cambiado de nombre; fué á la casa de donde habia salido el acompañamiento, y se aumentaron sus sospechas con las noticias que adquirió. Persuadida de que yo estaba dispuesto como ella á la venganza, me comunicó sus recelos, y por medio de su sobrino Dercour, á quien despues casó con su hija, solicitó una orden para hacer salir de Paris á un vagamundo llamado Lonchamps. Dercour, que tenia bastante influjo, obtuvo fácilmente la orden; y el jóven Lonchamps, no habiendo salido de Paris, á pesar de habérselo yo mandado, fué espiado, y se supo que vivia en la calle de la Universidad; pero yo desvanecí todas las ideas de mi cuñada, haciendo revocar la orden. Por un retrato que yo tenia de mi hermana Amelia, hice sacar otro en miniatura, y se le envié á su hijo juntamente con un reloj y una sortija, que habian sido alhajas suyas; pero me opuse á que se estableciese en ninguna de las oficinas de Paris, y contrarié todas sus diligencias. Ya no era yo jóven, me habia casado ocho años ántes de la muerte de Santbon; y mi esposa, que murió dos despues de nuestro matrimonio, me habia dejado una niña, la cual, en la época en que me declaré protector de Lonchamps, tenia seis años. Siempre habia cuidado de este, y el amor que tuve á mi hermana me empeñaba á mirar por su hijo, que se hallaba inocente de todas las desgracias ocurridas en mi familia. Sin embargo, quizá por un necio escrúpulo, mantenía la palabra que habia dado á mi hermano; pero resolví eludir su objeto, salvando las apariencias, diciendo entre mí: Mi hermano quiso que ninguno de los de Santbon me viese, y así bastará que en cierto modo me haga invisible á los ojos del jóven Lonchamps; pero como todo debe tener un término, y el odio mucho mas, si este jóven se presta dócilmente á mis preceptos, y si adquiere buenas cualidades, á su debido tiempo le casaré con mi Lucía, y por este medio confundiré todos los motivos de odio; pero Justino (que este es su nombre) es aun muy jóven, y para llevar á cabo mi plan es preciso que pasen todavía diez años. Le haré viajar, y en tanto acaso podré conciliar en su favor los corazones de su tía y de sus primos. ¡ Oh hermano mio! pienso que esto es cuanto puedo hacer por tu memoria.

Tomado este partido, y para inutilizar las persecuciones de la Deslinieres y sus partidarios, mandé á Lonchamps que viajase; pero temiendo las cautelas de sus enemigos, yo mismo le seguí por todas partes. Ahora diréis ¿cómo pudisteis saber tan exactamente todos sus pasos, y hasta sus mas leves acciones, así como los diferentes asilos que eligió durante el curso de sus viajes? Nada de esto me fué difícil, pues un hombre de mi confianza, á quien no conocia Lonchamps, le seguia por todas partes á caballo, y me daba cuenta de todos los sitios en que se detenía, y las posadas donde paraba. Así es como le seguí á Chartres, á Tours, á Burdeos, etc., etc. En todas partes le veía á mi satisfaccion, sin que me conociese, y examinaba con placer sus facciones, por ser tan parecidas de mi hermana. Sin embargo, temia que me descubriese, porque le habian dicho que yo me parecia mucho á él, y recelé algunas veces observando que con el mayor cuidado examinaba las fisonomías de cuantos le rodeaban, entre los cuales regularmente me hallaba yo. Muchas veces la ternura que me inspiraba me impelia á descubrirme á él, y con esta intencion iba algunas veces á verle; pero por una rara casualidad nunca le hallé cuando fui á visitarle con esta idea. Esto me sucedió en la casa en que vivia en Paris, en la de la madre de su amigo en Tours, y aun en el café de Burdeos, donde, mas que nunca, le vi á toda mi satisfaccion. Casi me descubrió en el jardin de Castel, donde me oyó cantar un romance que en otro tiempo compuse sobre su nacimiento, pero salí bien de este apuro. Por donde quiera, mi prudencia y la sagacidad del hombre que le seguia, me hacian patentes sus acciones, sin que él penetrase el modo con que las descubria. Así viajó diez años, en los cuales tuve bastante trabajo para oponerme á las activas investigaciones de sus enemigos. En fin, mientras estaba en esta granja, el año pasado, supe la muerte de madama Deslinieres; y entónces, viendo que ya no existia el enemigo mas terrible de mi protegido, mandé á este que fuese á Paris y lo cumplió con su acostumbrada docilidad. Es cierto que ya no vivia la Deslinieres; pero habia transmitido á sus hijos todo el odio que habia jurado á la sangre de Santbon, mandándoles que se vengasen en su hijo por todos los medios posibles, y que á toda costa procurasen hacerse con los papeles en que constaba su deshonor. Dercour y su esposa, hija de mi desdichado hermano, habian, por decirlo así, heredado el carácter altivo y perverso de los Deslinieres. Se me presentaron á preguntarme si sabia algo del hijo de Santbon; y para que cesasen en sus persecuciones, les